

de los monumentos mas hermosos del genio antiguo, y uno de los que mas honran á la humanidad.

Durante su largo destierro, Polibio pensaba siempre en la patria aquea por la cual tanto habia hecho y sufrido. Plutarco nos le presenta defendiendo ante la justicia la memoria de Filopémen contra las acusaciones de un romano que deseaba el derribo de los monumentos elevados á la gloria del vencedor de Macanidas. La elocuencia de Polibio salvó las estatuas del héroe. Esto acontecia por el tiempo de la ruina de Corinto, treinta y siete años despues de la muerte de Filopémen. Polibio solicitó y obtuvo en su ancianidad el permiso de regresar á su país, lo cual efectuó en 128, y cinco ó seis años despues falleció en Acaya, donde antes se habia distinguido por su denuedo, sus talentos políticos y sus virtudes.

CAPÍTULO XLII.

Escritores griegos contemporáneos de Augusto y de los primeros emperadores.

IMITADORES DE POLIBIO. — JUBA. — DIONISIO DE HALICARNASO. — DIODORO DE SICILIA. — ESTRABON. — APION. JOSEFO. — NUEVOS SOFISTAS. — DION CRISÓSTOMO. — HISTORIA EUBEA. — FILON.

Imitadores de Polibio.

Polibio no tuvo herederos verdaderamente dignos de él, pero sí numerosos imitadores, algunos de los cuales fueron escritores útiles y apreciables, sino pensadores muy profundos é historiadores excelentes. Es de creer sin embargo que la continuacion de la *Historia general*, de la cual era

autor Posidonio, se distinguia por calidades análogas á las que preciamos en la obra del héroe de Megalópolis. Nada nos queda de esa produccion, ni de las composiciones históricas de Castor, Teófanos y Juba.

Juba.

Plutarco cita con frecuencia á este último, y con grandes elogios. Es muy sensible la pérdida de su *Historia romana*, pues practicó muy concienzudas investigaciones, y su principal objeto fué la exactitud y la claridad. Era hijo del rey Juba, vencido por César. Lleváronle á Roma cuando niño, y siguió el carro del triunfador. César le dió esmerada educacion, y mas adelante Augusto le indemnizó de los bienes que habia perdido. «El cautiverio, dice Plutarco en la *Vida de César*, fué para él la mayor ventura: nacido bárbaro y nómada, le debió la gloria de figurar entre los sábios historiadores griegos.»

Dionisio de Halicarnaso.

Poseemos, á lo menos en parte, la *Historia antigua de Roma* por Dionisio de Halicarnaso, obra que abarcaba todo el período que medió desde la fundacion de Roma hasta la primera guerra púnica, y acababa por consiguiente en el mismo punto donde comienza la de Polibio. Dionisio fué á residir en Roma despues de la batalla de Accium, para estudiar la lengua latina y preparar los materiales necesarios á la realizacion de su proyecto. Su permanencia en aquella ciudad fué prolongada, y en ella escribió y publicó su historia, fruto de veinte y dos años de investigaciones. De los veinte libros que tenia la obra poseemos los once primeros,

igualmente que cierto número de fragmentos de los otros nueve, descubiertos los mas en estos últimos tiempos por Angelo Mai.

Segun Dionisio de Halicarnaso, el pueblo romano era de origen griego, y la Grecia le dió sus costumbres, su culto, sus instituciones. Pasa incesantemente de la analogía mas ó menos real á la imitación directa, y muchas veces llega á ver concordancias en los que solo son contrastes. Concíbese que semejante preocupacion no podia menos de inducirle á graves errores. Por lo tanto, es un guia poco seguro, sobre todo en punto á orígenes. Además, alteró á su sabor la verdad de sus relatos, poniendo en boca de sus personajes, y hasta de los seres casi fabulosos de los tiempos heróicos, prolijísimos discursos, solo para que los aficionados admirasen su habilidad en el manejo de la lengua oratoria. Con todo, vense algunas partes tratadas con sencillez, páginas interesantes en que el buen gusto no encuentra mucho que tachar; y el estilo, en general bastante afectado, des- péjase á veces y no huele siempre á retórico.

Fuerza es decirlo: Dionisio de Halicarnaso no estaba á la altura de su tarea de historiador. Sus libros de crítica son empero muy inferiores á su historia. Sus juicios sobre los oradores prueban que no sabia lo que es la elocuencia, y que la fundaba completamente en los artificios de la dición. Sus juicios sobre los historiadores son casi ridículos. Acusa, por ejemplo, á Tucídides de haber escogido mal su asunto, y de haber despertado en sus conciudadanos tristes y humillantes recuerdos. Quisiera que el historiador hubiese guardado su bella oracion fúnebre para mejor ocasion, porque las primeras escaramuzas de la guerra no valian la

pena: como si Tucídides solo hubiese pensado componer un discurso cuyo lugar era indiferente, y no reproducir á su modo lo que realmente habia pasado en los funerales de las primeras víctimas. Dionisio de Halicarnaso no ve mas que palabras y frases: no extrañemos pues que se extasie por el renacimiento de la elocuencia en el siglo en que él escribió. El hombre que consideraba el *Fedro* de Platon como una obra sin precio, era capaz de tomar por oradores á todos los retóricos de la época, y de tenerse por un fénix entre todos los escritores antiguos y modernos.

Diodoro de Sicilia.

Diodoro nació en Argirium de Sicilia, y con el título de *Biblioteca histórica* compiló una historia universal en cuarenta libros. Viajó por gran parte de Europa y Asia, visitó el Egipto y nada omitió para reunir materiales útiles; mas no supo coordinarlos ni formar con ellos un todo agradable. Su prólogo, en el que expone en muy buenos términos los deberes del historiador, es, como se ha observado, la brillante fachada de un edificio mediano. Diodoro suele ser fastidioso. Escribe sencillamente, pero sin calor, sin interés. Si consideramos su obra, no propiamente como historia, sino solo como coleccion de documentos históricos, es uno de los monumentos mas preciosos de la antigüedad; pues en Diodoro encontramos textos copiados de muchos historiadores cuyos escritos perecieron, como Hecateo, Ctésias, Filisto y otros. Por lo tanto, es una verdadera biblioteca histórica, y en este concepto no muy indigna de su título. Poseemos los cinco primeros libros, que tratan del Egipto, de la Asiria y de los primeros tiempos de

la Grecia, y otros diez libros (XI-XX) que llegan hasta la batalla de Ipsus. Los fragmentos de los veinte y cinco libros perdidos no son muy considerables, y los mas se deben tambien al Sr. Mai. Diodoro llevó su narracion hasta las campañas de César en las Galias. Contemporáneo de Dionisio de Halicarnaso, vivió largos años en Roma, en tiempo de César y Augusto.

Estrabon.

Estrabon el geógrafo nació por los años de 50 antes de nuestra era en Amasea de Capadocia, y por consiguiente vivia por el mismo tiempo que Dionisio y Diodoro. Como ellos, permaneció mucho tiempo en Roma. Hizo además largos viajes y visitó casi todos los países que describe. Su *Geografía* en diez y siete libros, que poseemos casi toda, es una verdadera enciclopedia, llena de interesantes pormenores y de datos luminosos sobre la historia, la religion, costumbres é instituciones políticas de los pueblos antiguos. Tambien contiene discusiones de critica literaria asaz importantes. Estrabon vió muy bien todo el partido que puede sacarse de las fábulas antiguas, como testimonio franco y espontáneo de las ideas y de la sabiduría de los tiempos primitivos. Escrita por un varon juicioso, por un erudito consumado, por un escritor claro y correcto, sobre ser la obra una mina inagotable para los historiadores, los literatos y los filólogos, ofrece amena y provechosisima lectura.

Apion. Josefo.

Un tal Apion, gramático, que los habitantes de Alejandría enviaron á Calígula para quejarse de los judíos, compuso varias obras históricas ó políticas. Era egipcio, y su

obra mas importante era una *Historia de Egipto*, la cual pereció, lo mismo que los demás escritos de este autor. Sin embargo, no nos faltan noticias de su tratado contra los sectarios de la religion de Moisés, porque Apion tuvo un impugnador, y la respuesta en pro de los judíos ha llegado hasta nosotros.

El impugnador de Apion era el célebre historiador Josefo. Este Josefo, ó Iosepo, era judío: nació en Jerusalem, y pertenecia á la raza sacerdotal. Combatió contra Vespasiano, luego abrazó su partido, tomó el prenombre de Flavio, y tuvo gran privanza con él y su hijo Tito. Acompañó á este al sitio de Jerusalem, cuyos terribles y asombrosos episodios describió. La *Historia de la Guerra de Judea* por Josefo es una narracion dramática, en la que el interés crece de escena en escena hasta el desenlace, hasta aquella catástrofe acaso sin igual en los anales del universo, cuyas consecuencias se experimentan aun despues de diez y ocho siglos. La obra tiene siete libros; escrita primero en siriaco, el mismo autor la tradujo al griego helenístico, como se llamaba el griego corriente de entonces, por oposicion al idioma clásico, que los aticistas se esforzaban en conservar puro de toda mezcla. La *Historia antigua de los Judíos*, por el mismo escritor, es preciosa particularmente porque llena el vacío que se halla entre los libros del Antiguo Testamento y los del Nuevo; pero Josefo se adapta demasiado al gusto de sus lectores griegos y romanos, alterando con frecuencia las antiguas tradiciones de la Biblia, borrando la originalidad del carácter del pueblo mas extraordinario, helenizando y romanizando en fin una historia que á nada se parece en el mundo, sino á sí misma.

Nuevos sofistas.

El nombre de sofista, desacreditado por Sócrates y Platon, tomó en tiempo de los emperadores romanos un significado honroso; ó mejor dicho, dióse su verdadero nombre á los que los romanos llamaban retóricos y los griegos habian llamado harto tiempo oradores. Los sofistas eran propiamente profesores de bellas letras. Enseñaban el arte de improvisar y escribir discursos, y eran tambien escritores é improvisadores; trataban toda clase de asuntos; hacian arengas políticas del género de las que cita Juvenal: daban á Sila el consejo de abdicar la dictadura, ó exhortaban á los atenienses, como Lesbonax, sofista contemporáneo de Tiberio, á armarse de valor contra los enemigos en la guerra del Peloponeso; disertaban sobre cuestiones morales ó científicas, pero aplicándose casi exclusivamente al lenguaje culto y sin cuidarse poco de la verdad pura y hasta del buen gusto. En una palabra, habia otros Górgias, otros Protagoras, y á veces tambien obtenian triunfos oratorios comparables con los que tiempo atrás encendieron la santa indignacion de Sócrates. Ocioso es decir que casi ninguno de los que hacian tanto ruido merecia su reputacion. Cumple empero exceptuar á algunos, y sin hablar de Plutarco y Luciano que fueron hombres de genio, sofistas habia entonces que eran algo más que vanos declamadores, y merecen un lugar en la historia de la literatura.

Dion Crisóstomo.

El sofista más célebre del siglo cuyos escritores vamos enumerando, es Dion, apellidado Crisóstomo, ó boca de oro

á causa de su elocuencia. Era natural de Prusa de Bitinia, y florecia ya en Roma en tiempo de Neron. Cuando Vespasiano vistió el manto imperial, Dion le aconsejó que restableciese la república. Complicado mas adelante en una conspiracion contra Domiciano, huyó léjos de Italia. Hallábase á orillas del Danubio, cuando se recibió la noticia de la muerte del emperador y de la eleccion de Nerva. El ejército acampado en aquel punto iba á sublevarse: Dion se encontraba en el campo, pero disfrazado de mendigo; descubrióse, arengó á los soldados, volvióles al camino de la obediencia, y Nerva fué proclamado por unanimidad. Dion gozó de alto predicamento en tiempo de Nerva y Trajano, y murió muy entrado en años, con la reputacion de príncipe de los escritores y oradores de su época.

Era en efecto un varon de aventajadísimo talento, si no un hombre de genio. Entre los ochenta discursos ó disertaciones que de él nos quedan, los hay que son obras notables, como el *Discurso olímpico*, en el que Dion presenta á Fidias explicando ante los griegos reunidos la composicion de su Júpiter Olímpico; como el discurso intitulado *Diógenes*, en el que se trata de la gobernacion de los Estados; y otros mas. Estas obras revelan un entendimiento cultivado por la lectura y la meditacion de los modelos antiguos. El calor del estilo, algo ficticio á veces, no siempre resulta del choque de las palabras. Dion tenia entrañas, como ciencia y valor; y sus períodos, harto redondeados quizás, son verdaderamente sentidos. Si no se hubiese esmerado tanto en la forma, si no hubiese abusado del aticismo, si hubiese escrito con mas descuido, y á no haber afectado platonizar tanto ó reproducir los giros y expresiones de Jenofonte y Demós-

tenes, Dion ocuparía un lugar eminente entre los escritores moralistas, si no entre los oradores.

Historia Eubea.

En los discursos de Dion Crisóstomo se encuentra el primer escrito en lengua griega que podemos denominar novela. La *Historia Eubea* es una deliciosa pastoral. Es el cuadro de la felicidad campestre de dos familias que viven, en una comarca desierta de la Eubea, del producto de su caza, de los frutos de su reducida heredad y de la leche de sus rebaños. Hemos observado ante todo la sencilla relación que uno de los dos padres hace del viaje que ha tenido que efectuar á la ciudad, para cumplir con los requerimientos de los recaudadores de contribuciones, que habiendo descubierto su existencia, les han impuesto la correspondiente cuota. El pobre cazador no ha estado mas que una vez en la ciudad, y eso cuando niño. «Vi, pues, como la primera vez, dice, una infinidad de casas, rodeadas de una fuerte muralla; edificios cuadrados de grande altura; torres sobre el muro; en el puerto buques anclados, y tan inmóviles como en el lago mas tranquilo. Nada igual se ve en la costa donde tú abordaste, y por eso perecen en ella los bajeles. Vi tambien una inmensa muchedumbre reunida en la ciudad; todo era gritos, tumulto atronador. Parecíame que toda aquella gente estaba riñendo. Mi conductor me llevó á no sé qué magistrados, y díjoles riendo: «Este es el sugeto á quien me habeis enviado; no posee mas que una choza con una sólida pared de estacas.» Los magistrados salian entonces para el teatro; fui con ellos. Aquel teatro es una especie de local parecido á

un valle, con la diferencia de que los lados, en vez de prolongarse, forman semicírculo. No es un valle natural; está construido de piedras. Pero sin duda te ries de mí porque te cuento lo que sabes muy bien. Primero la gente se entretuvo un gran rato en lo que apenas entiendo: el pueblo tan pronto aplaudia alegremente y con entusiasmo á las personas que allí estaban, como gritaba con indignacion y furor; su ira era entonces terrible; de modo que los que eran objeto de ella quedaban al punto sobrecogidos de espanto: unos corrian de aquí para allá pidiendo gracia; otros, desalinados, arrojaban sus vestidos. Yo tambien por poco me caigo de susto, aturdido por un ruido semejante á una tempestad súbita, ó á un trueno que hubiese estallado sobre mi cabeza. Despues llegaron otras personas, que se pusieron á arengar al pueblo. Algunos de los espectadores se levantaron de entre la multitud, é hicieron lo mismo. Unos hablaban poco, otros pronunciaban largos discursos. Los habia que eran escuchados un buen rato en silencio; otros eran recibidos desde luego con gritería, etc.»

Cuando decimos que la *Historia Eubea* es la novela griega mas antigua de todas, ha de entenderse que nos referimos á las que han llegado hasta nosotros. Mas abajo, al hablar de las novelas de Luciano, expondremos lo poco que se sabe de los antecesores de Dion y de sus obras.

Filon.

Parece que Dion Crisóstomo se propuso dar al paganismo un carácter espiritualista y moral, que le hiciera capaz de luchar con las nuevas doctrinas importadas de Oriente. Un varon de entendimiento mas profundo y grave,

Filon el Judío, procuró establecer el acuerdo de la teología hebráica con la filosofía platónica. Filon reduce la Biblia á dos alegorías; halla en Moisés la creacion tal como Platon la concibió; aplica al mundo ideal, prototipo del mundo sensible, á las ideas que Dios entraña *ab æterno*, los nombres de Verbo é Hijo de Dios. Este atrevido y elocuente teósofo, este Platon judío, como le llamaban, nació en Alejandría el año 30 antes de nuestra era, y pertenecía como Josefo á la raza sacerdotal. En tiempo de Calígula fué á Roma á solicitar para los judíos de Alejandría el derecho de ciudadanía romana; pero fueron vanos sus esfuerzos. Dejó un sin número de escritos, subsistiendo aun hoy los mas importantes.

Hubo otro Filon, el de Biblos, contemporáneo del de Alejandría, que solo es conocido por haber trasladado del fenicio al griego la antigua obra de Sanconiaton, traduccion cuya pérdida es mas sensible que la de muchos escritos originales.

CAPÍTULO XLIII.

Plutarco.

VIDA DE PLUTARCO.—GENIO DE PLUTARCO.—OBRAS HISTÓRICAS DE PLUTARCO.
—PLUTARCO MORALISTA.—ESTILO DE PLUTARCO.

Vida de Plutarco.

Plutarco nació en Queronea (Beocia), á mediados del siglo I de nuestra era. Se ignora el año preciso de su nacimiento; pero se sabe, por declaracion propia, que en la época del viaje de Neron á Grecia, esto es, en el año 66,

tomaba en Délfos lecciones del filósofo Amonio. A su regreso á su patria empleóse, aunque muy jóven, en algunas negociaciones con las ciudades vecinas. Poco despues se casó, pasando casi toda su vida en Queronea. Cifraba su gloria y su patriotismo en impedir con su presencia, como él mismo lo declara francamente, que aquella ciudad, que nunca habia sido muy importante, decayese mas, y en hacer gozar á sus conciudadanos del predicamento y favor de que era objeto. Con todo, fué varias veces á Roma, donde dió lecciones públicas sobre varios puntos de filosofía, literatura y erudicion: lecciones que fueron el primer origen y la primera ocasion de los numerosos tratados que componen las que se denominan *Morales*. Todos los personajes ilustres de Roma asistian á esas lecciones, y por eso ha podido decirse que Trajano, casi de la misma edad que Plutarco, le tuvo por maestro. Plutarco hablaba á sus oyentes romanos, no en latin, sino en griego, idioma que entendian perfectamente los literatos de Italia; fuera de que Plutarco nunca supo bastante el latin para hablarlo. El mismo nos dice en la *Vida de Demóstenes* que durante su permanencia en Italia no tuvo tiempo para dedicarse á un estudio profundo de aquella lengua, á causa de los negocios públicos de que estaba encargado, y del gran número de personas que cada dia iban á hablar con él de filosofía. Era ya muy tarde cuando comenzó á estudiar con fruto á los autores latinos: entonces se puso á escribir sus *Vidas comparadas* de los hombres ilustres de Grecia y Roma.

No se sabe el año de su muerte; pero segun la opinion mas probable falleció poco antes de terminar el reinado de Adriano, á la edad de setenta y dos ó setenta y cinco años.

Genio de Plutarco.

De todos los escritores de la antigüedad clásica, Plutarco es sin disputa el mas popular entre nosotros; y esta popularidad la debe á la naturaleza de su genio, á la eleccion de los asuntos que trató, y particularmente al eterno interés inherente á la memoria de los grandes hombres cuyas imágenes pintó. Con todo, su primer traductor, el venerable Santiago Amyot, ha contribuido mucho á su fama. El Plutarco de Amyot es vivo, y no hay en nuestra lengua ningun autor que sea mas francés que este griego muerto en Beocia há diez y ocho siglos.

La idea en que se fundan los *Paralelos ó Vidas comparadas*, recuerda las tésis ficticias de las escuelas de los retóricos; pero nada es menos sofisticado, nada trasciendemos á retórico, que la ejecucion del plan que tan extraño nos parece á primera vista; y el lector, buen ó mal de su grado, cede al raro encanto esparcido, no solo en la narracion, sino hasta en las comparaciones que siguen á cada par de *Vidas*, en las que el autor examina atentamente á dos héroes, uno griego y otro romano, confrontándoles en virtud de un principio uniforme, y pesándoles con el mismo peso.

En todas partes leemos estas palabras: *el buen Plutarco*; pero este epíteto solo corresponde al Plutarco francés de Amyot, no propiamente, sino por efecto de la ilusion de sencillez que nos causan aquella lengua y el estilo aquel, de tres siglos de fecha. Plutarco es un escritor sin artificio ni afectacion, felizmente dotado por la naturaleza, que derrama á manos llenas los tesoros de su alma. Es un hom-

bre de buena fé; es el Montaigne de los griegos, como le caracteriza admirablemente Thomas. Tiene algo de aquel modo pintoresco y atrevido de expresar las ideas y de aquella imaginacion de estilo que dan tanto precio á los *Ensayos*. Ningun historiador ha descollado como él en reproducir los rasgos de los personajes históricos, y especialmente los rasgos de su alma, en pintarles, en hacerles vivir, obrar y andar. Con solo copiarle han alcanzado los poetas á trazar sorprendentes é inmortales figuras.

«¡Qué cuadros tan magníficos, dice el Sr. Villemain, son la despedida de Bruto y Porcia, el triunfo de Paulo Emilio, la navegacion de Cleopatra por Cidno, el espectáculo tan vividamente descrito de la misma Cleopatra, asomada á la ventana de la torre inaccesible donde se ha refugiado, esforzándose en hacer subir y atraer á sí á Antonio, vencido y herido, á quien aguarda para morir! ¡Cuántas otras descripciones de admirable energía! Y al lado de esas brillantes imágenes; ¡que sencillez de pormenores verdaderos, íntimos, que sorprenden al hombre en su actos mas ocultos, y le pintan en toda su profundidad, mostrándole con todas sus pequeñeces! Tal vez este último mérito, universalmente reconocido en Plutarco, ha hecho apartar los ojos de la brillantez de estilo y del genio pintoresco; pero este doble carácter de elocuencia y verdad es lo que le ha dado tanto poder sobre las imaginaciones vivas. ¿Qué mas ejemplo de ello que Shakspeare, cuyo genio altivo y libre nunca estuvo mejor inspirado que por Plutarco, á quién debe las escenas mas sublimes y naturales de su *Coriolano* y su *Julio César*? Montaigne, Montesquieu y Rouseau son tambien tres grandes genios en quienes se encuentra el sello de Plutarco, ha-

biendo sido heridos y colorados por su luz. La inmortal brillantez del estilo de Plutarco junto con la acertada elección de los mayores asuntos que pueden ocupar la imaginación y el pensamiento, explica bastante el prodigioso interés de sus obras históricas. Pintó al hombre, y trazó dignamente los caracteres mas grandes y las acciones mas bellas del humano linaje.»

Obras históricas de Plutarco.

Estas composiciones tienen empero sus defectos, y defectos de bastante gravedad. Casi ninguna de las *Vidas* es una biografía completa: el historiador pasa muy á menudo por alto hechos de grande importancia, ó no los explana tanto como merecen. Sus preocupaciones morales ó dramáticas le vuelven algo olvidadizo de los derechos imprescriptibles de la verdad, la cual quiere salir toda á luz. Plutarco escribía rápidamente y sin mucha crítica, cayendo de vez en cuando en errores materiales, particularmente respecto de Roma y sus instituciones; dando con frecuencia torcidas interpretaciones al sentido de los autores de quienes sacaba sus documentos; prefiriendo también con frecuencia, por dejadez ó por falta de criterio, autoridades sospechosas, como lo hizo al hablar de la supuesta corrupción de Demóstenes; y por último, poniéndose á veces consigo mismo en manifiestas contradicciones. Todo eso está probado, y otras faltas sin duda de que no nos acordamos. Pero ¿qué no se perdona al escritor que sabe cautivarnos á cada paso el corazón y las entrañas, y nunca cesa de encantarnos, aun cuando lo que nos cuenta parezca sobremanera trivial ó fútil? «Plutarco, dice J. J. Rousseau, descuella por los mismos pormenores en que

nosotros ya no nos atrevemos á entrar. Tiene una gracia inimitable en retratar á los grandes hombres en las cosas de poca entidad, y es tan hábil en sus rasgos, que una palabra, una sonrisa ó un gesto suele bastarle para caracterizar á su héroe. Con un chiste alienta Aníbal á su espantado ejército, y hácele marchar riendo á la batalla que le rindió la Italia. Agesilao, caballero sobre un palo, me hace amar al vencedor del gran rey. Atravesando César una pobre aldea y conversando con sus amigos, descubre sin pensarlo al taimado que, según decía, solo quería igualar á Pompeyo. Alejandro toma una medicina sin chistar: este es el momento mas hermoso de su vida. Aristides escribe su propio nombre en una concha, y así justifica su dictado. Filopémen con la capa quitada, corta leña en la cocina de su huésped. Ese es el verdadero arte de pintar. La fisonomía no se revela en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones: lo natural se descubre en las bagatelas. Las cosas públicas son ó sobrado comunes ó sobrado afectadas, y nuestros autores, respetando la dignidad moderna, á ellas consagran casi exclusivamente su atención.»

Plutarco moralista.

La gran colección de las obras varias de Plutarco, conocida vulgarmente con el título de *Morales*, contiene tratados de todo precio y casi de toda clase. Ciertamente que Plutarco es en primer lugar un moralista; su alma de hombre honrado y amigo entusiasta de lo bueno, se mezcla en todo lo que escribe, y eso es lo que da tanta vida hasta á sus disertaciones sobre antigüedades; eso es lo que hace leer sus discusiones metafísicas, políticas ó religiosas; eso es lo que

presta interés á sus mismas flaquezas de entendimiento. Dispénsasele sin trabajo que fuese injustísimo con los estoicos; y al pensar en su amor filial por Queronea, concíbese que escribiera un libro contra el historiador Herodoto, quien hubo de tratar severamente en su obra á la Beocia y á los beocios. Entre esa infinidad de escritos que en su mayor parte no tienen con la moral propiamente llamada sino relaciones indirectas y fortuitas, hay algunos cuyo asunto y sustancia son la moral didáctica; y estos son los mas acreditados de la coleccion: el genio de Plutarco brilló en ellos con todas sus prendas. Los hay admirables por su grandilocuencia. El diálogo intitulado *de los Plazos de la Justicia divina*, es la obra mas grande y mas hermosa que desde la época de Platon han producido la literatura y la filosofía griegas. El que lleva por título *del Amor*, no es menos notable en su género. Plutarco no trató su asunto con la grandiosidad de Platon; su libro no es una imitacion del *Banquete*. Dejó la metafísica profunda y la alta poesía; encerróse en el dominio de las realidades de la vida doméstica; quiso parecer únicamente lo que era, buen esposo, buen padre de familia, y narrador muy agradable. Su libro es el panegírico del amor legítimo, y contiene un sinnúmero de anécdotas cuyo tema ordinario es la ternura conyugal. Hácia el fin del diálogo refiere Plutarco la patética historia de la abnegacion de Empona, á quien llamamos Eponina, como los latinos. Hay además otros escritos en la coleccion que pasarían por obras maestras, á no eclipsarlos la proximidad de aquellas afamadas producciones. El *Consuelo á su Esposa sobre la muerte de su Hija*, por ejemplo, es una carta llena de sentimiento, sinceridad y ternura. Los tratados *sobre*

la *Supersticion, sobre el Matrimonio, sobre la Nobleza*, y otros, ó por decir mejor, todos los tratados morales de Plutarco, y por punto general, sus escritos todos, de cualquier clase que sean, reúnen apreciables calidades y proporcionan al lector solaz y provecho. Siempre y en todo se advierte un amor á lo bueno y lo bello, una sencillez de corazón y una perfecta sinceridad que cautivan el sentimiento, aunque la razón no quede todavía cumplidamente satisfecha.

Estilo de Plutarco.

No debemos disimular que la dicción de Plutarco dista de ser digna de la de los maestros antiguos. Este autor sufrió, tanto y mas que nadie, el fatal influjo del siglo en que escribía. Su lengua no es ya la de Platon, de Jenofonte ó Tucídides; ni siquiera intentó él, como los llamados aticistas, descubrir sus secretos. Escribe en los primeros términos que se le ocurren; tíñese de los colores de los escritores cuyos pensamientos reproduce, sin cuidarse apenas de borrar los dislates y suavizar las pinceladas chillonas. Ninguna degradacion de tintas, ninguna perfeccion; nada conforme, nada arreglado, nada medido. Su modo de escribir es mas agudo, dice Santiago Amyot en su expresivo lenguaje, mas docto y apretado que claro, limado ó sencillo. Dacier compara este estilo con aquellos antiguos edificios cuyas piedras no son pulidas ni están bien colocadas, sino bien sentadas, y tienen mas solidez que gracia, mas naturalidad que artificio.